

circunstancias, tales como las de una boda y otras semejantes, en que Dios las autoriza. El las bendicirá, derramando sobre los convidados una dulce é inocente alegría, si les acompañan el temor de Dios, la pureza de intencion, la moderacion y el decoro. ¡Cuán edificante y santo debió ser este festin de bodas u que asistieron Jesus y Maria! Las comidas, destinadas á estrechar mas las mutuas relaciones de los hombres, son una de las circunstancias de la vida en que deben reinar mas la caridad y la cordialidad. Distingúense allí fácilmente las almas rectas y sencillas, portándose con una santa libertad, con una abertura de corazon y una afabilidad tan modesta, que son el fruto de su union con Dios, y de la paz íntima de que disfrutan.

Tanto la Madre como el Hijo creyeron deber aceptar aquella invitacion cordial, y la solicitud de Maria se anticipó hasta ayudar á los preparativos del convite, que segun las costumbres del país, se celebraba con alguna magnificencia. Pero, segun parece, la familia no era muy acomodada, y por una de aquellas imprevisiones tan fáciles en semejantes casos, ó por ser la reunion mas numerosa de lo que podia presumirse, quedó ya agotado el vino mucho antes de concluirse el banquete. Jesus acababa de entrar, seguido de cuatro de sus discípulos, Pedro, Andrés, Felipe y Natanael, jóvenes pescadores á quienes habia inspirado la confianza de su mision. Maria conoció, por una señal, el apuro en que se hallaban los dos esposos, y acercándose disimuladamente á Jesus, le dijo llena de bondad, en voz baja: "No tienen vino."

Observemos aquí por un momento la atencion y la caridad de Maria. Repara ella que el vino falta á los convidados; y para ahorrar á los dos esposos el bochorno que esta falta debia naturalmente causarles, lo advirtió á su Hijo, el cual por su omnipotencia, se hallaba en disposicion de suplir aquel defecto. Le pedia un verdadero milagro, y no podia con mas reserva manifestarle su deseo. Ya sabia Jesus, antes que ella se lo advirtiese, que faltaba el vino: ni tampoco se lo decia ella para advertírselo. El sabia tambien, antes de abrir ella la boca, cuál era su deseo, pues él mismo se lo habia puesto en el corazon, y no le pidió ella un milagro sin una inspiracion particular. Sabia él, en fin, que haria aquel milagro y que satisfaria el ruego de su Madre. Necesarias son estas observaciones para juzgar, como se debe, de la respuesta que le hizo.

Respondióle Jesus con voz baja y acentuada: "¿Muger, qué hay de comun entre vos y yo? mi hora no ha llegado todavia." Esta contestacion de Jesus á su santa Madre debió ser *aparte* y entre los dos solos, lo cual se echa de ver por el tenor de la narracion evangélica. Parece en efecto imposible que Jesucristo hiciese en alta voz semejante respuesta

enigmática á su Madre, pues los convidados, que no estaban en el secreto, la hubieran mirado como muy dura para Maria: á mas de que los criados, al oír lo que les dice la santa Virgen, y al obedecerla desde luego, ignoran absolutamente la negativa aparente del Salvador. Sin embargo, ¡qué dura parece por parte de su Hijo semejante respuesta! ¡qué humillante para una Madre! Pero al profundizarla, la especie de escándalo causado al principio, se convierte en instructiva edificacion. Un hombre Dios, hablar así á su Madre en una ocasion de publicidad, y mortificarla tan sensiblemente cuando ella recurre á su omnipotencia y á su bondad en favor de aquellos mismos que le habian convidado! Mas él le hablaba así, precisamente porque era Hombre Dios, y porque era su Madre. No debemos creer que le quisiera reparar el haberle pedido un milagro fuera de propósito, pues estaba resuelto á obrarlo; ni que desaprobase el que ella interpusiese su autoridad, pues no era posible hacer uso de ella con mas circunspeccion. No, no fué culpable Maria á los ojos de su Hijo, ni de indiscrecion ni de imperfeccion alguna, antes bien aprobó y accedió interiormente á la súplica que ella le hacia.

¿Por qué le habla, pues, con tanta aspereza? Por una razon, que ella misma comprendió sin duda perfectamente. Llamando muger á su Madre, y preguntándole qué habia de comun entre los dos, dió muy claramente á entender que si era hombre, era tambien algo mas que hombre; que bajo este último respecto su Madre no le era nada, y que nada de comun habia entre los dos; queria darle á entender que como á Dios nada le debia, que no tenia sobre él autoridad alguna, ni aun por via de súplica, y que si le concedia un milagro, era una pura gracia que le hacia como Dios, y no una deuda que le pagase como hombre, no teniendo ni aun él como hombre, el poder de hacer milagros: que él no era árbitro de sus acciones, que dependia de su Padre, y que la obra en la cual habia de obrar, estaba señalada; que debia sujetarse á este decreto, y que no haria milagros por su voluntad humana, sino solamente por las órdenes de su Padre, motivo por el cual en vano se le pedirian milagros, tanto por curiosidad como para experimentar su poder, á la manera que lo hicieron despues los fariseos; y que los mismos que obraria no los concederia sino á la fé sobrenatural inspirada por el Padre. Quiso por fin poner en prueba la virtud de su santa Madre, y antes de concederle un favor, que no era para ella, hacérselo merecer por medio de la humillacion. Cuando le dijo: *Mi hora no ha llegado todavia*, es como si le hubiese dicho: No ha llegado mi hora para los demas, pero ha llegado para vos: vos estais á otro nivel que los demas, y como Madre mia, tenéis privilegios que no

tienen los otros. Este sentido de su respuesta se hace evidente por el milagro que siguió despues.

Así que, no quedó burlada la esperanza de María. Por medio de una luz que solo á ella era dada, entendió perfectamente la respuesta de su Hijo, y segura de que no sería desoída, con aquella fé firme que sacaría los montes de sus quicios, acercóse á los criados, y les dijo con suavidad: *Haced lo que os dirá.* No vacileis, y vereis un efecto de su poder. Había alla grandes cántaras de piedra que servían para las purificaciones. Dos de ellas hemos visto en el soberbio edificio de San Lorenzo del Escorial. Por órden de Jesus las llenaron hasta el borde de agua, y al momento se convirtió ésta en esquisito vino.

El primer milagro, pues, que obró Jesucristo, le hizo á instancias de su Madre, despues de haber probado su fé y su humildad. Muy frecuente es en Dios el hacer ostentacion de su poder á ruego de las almas cieguidas, pero casi siempre se los hace comprar, por decirlo así, esto es, convierte estos milagros en su propia santificación. La fé humilde y perseverante que se les arranca en cierto modo, le es infinitamente agradable, y no se los puede negar, porque no vé peligro alguno en concedérselos. Nada pidamos á Dios temerariamente, mas cuando tengamos motivo para creer que él mismo nos inspira nuestra demanda, y que en ello va su gloria, seamos firmes en nuestra fé, como María; soportemos con humildad estos aparentes desaires; no dudemos de que seamos oídos y lo serémos en realidad.

Jesus quiso, pues, santificar el matrimonio honrando las bodas con su presencia; y de otra parte, haciendo brillar su poder, dió á cuantos le rodeaban una prueba de una mision ratificada por el cielo. Y si esta primera ostentacion de su poder fué obrada á súplicas de su augusta Madre, sirvió tambien como para manifestarnos que por su medio podríamos obtenerlo todo.

Este milagro del Caná, dice Orsini, fué seguido de muchos otros, que marcaron con el sello de la divinidad la sublime y providencial mision del Salvador. A su voz las tormentas se aplacaban; las enfermedades humanas desaparecian; los demonios eran arrojados á su oscuro reino; los cadáveres salían del sepulcro, y do quiera se fijaba la huella de sus benditas plantas, se aliviaban y calmaban los dolores del alma y del cuerpo. Venían á él de Sidon, de Tiro, de la Idumea y de la Arabia, y multitud de pueblo, agrupándose á su paso, besaba la orla de sus vestidos, y le pedían con toda humildad la salud y la vida, dones que solo un Dios puede dispensar con la fé suficiente para lograr la curacion.

Los tres años y poco mas de la predicacion de Jesucristo fueron un

tiempo de prueba para su Madre. El la dejó para no ocuparse mas que en la gloria de su Padre, en las funciones de su ministerio, en la instruccion de sus discípulos y del pueblo. Durante este tiempo, olvidó, por decirlo así, á María, no teniendo ya con ella conversaciones, como si fuese para él enteramente estraña. Mas si la habia dejado como hombre, estaba siempre con ella como Dios, obraba de continuo sobre su corazon, y le enseñaba á espiritualizar y á divinizar el afecto que ella le tenia. La privacion de su presencia sensible era para ella una pena, pero lejos de ser una pérdida, era para ella un sacrificio que la engrandecia á los ojos de Dios, pues por su medio se iba mas y mas santificando. Convenia que ella siguiese á su Hijo en sus viajes, y que estuviese en compañía de las otras mugeres, de que habla el Evangelio, que la asistiesen con sus bienes. Mariu de Cleofas, madre de Jaime, de Simon, de José y de Júdas, vulgarmente llamados los *hermanos del Señor*; Salomé, madre de los hijos del Zebedeo á quienes prefería el Salvador; Susana, esposa del mayordomo del Tetrarca, y algunas galileas ricas que se habian despojado de sus bienes por Jesucristo, componian el séquito de María: últimamente aquella noble judia, tan célebre por su hermosa como por su penitencia, que siguió al Señor hasta mas allá del sepulcro. Estas mugeres cuidaban sin duda tambien de María, la cual, habiendo perdido á José, no tenia otro recurso para vivir, y nada le privaba de acompañar donde quiera á su Hijo, no teniendo ya casa que cuidar. Seguía, pues, á Jesus, y Jesus, en cierto modo, la evitaba. Desde las bodas de Caná hasta el momento que precedió á su muerte en la Cruz, no leemos en el Evangelio que la hablase una sola vez: vemos al contrario, que en ciertas ocasiones afectaba desconocerla, aun públicamente.

Durante este fatigoso periodo; cuánto tuvo que sufrir el corazon de María! Los prodigios que obraba Jesus escitaban contra él la envidia y la maledicencia, y su doctrina pura y divina, que fluía de sus labios como un celeste rocío, le concitaba el odio y la persecucion de los falsos sabios. Su ley, aunque suave y consoladora, atacaba de frente la hipocresía, la avaricia, el orgullo, la sensualidad: los fariseos, los saduceos, los doctores de la ley, los príncipes de los sacerdotes, los ancianos del pueblo, divididos en creencias y en intereses, se unían tan solo en su odio al Galileo. Le trataban de impostor, de samaritano, de loco, atribuyendo sus milagros, ya que negarlos no podían, al poder de Beelzebub. María, asustada con esos vagos rumores, la llenaban de sobresalto, como los lejanos bramidos de una tempestad que se iba agrupando sobre la cabeza de su Hijo divino, y que al fin habia de estallar de un modo funesto.

Parece que Jesus y María habitaron por algun tiempo en la Galilea

junto al lago de Tiberiades; pero muy pronto pasó Jesús á Jerusalem, para la fiesta de Pascua: despues recorrió la Judea, esparciendo á los ojos su doctrina, apoyada por sus milagros y sus virtudes. Y aunque el Evangelio no señala que María le acompañase en sus laboriosas correrías, no obstante, como se dice que muchas santas mugeres de Galilea seguían al Salvador, para cuidarle, puede muy bien presumirse, con la mayor parte de los antiguos, que María estaba á su frente, pues, ¿quién mas digna de este honor, ni quién cuidaría con mas tierna solicitud? Y en esta piadosa tradicion se funda lo que acabamos de referir con respeto á las mugeres que acompañaban á María en los viajes y predicacion de Jesús.

Estaba predicando un dia en la Sinagoga en medio de un auditorio atento y respetuoso: llegaron con su Madre sus primos los nazarenos, é hicieron saber deliberadamente al Salvador, que sus hermanos y su Madre estaban fuera y que pedían por él. Jesús los estaba instruyendo con tal ardor, que descuidaba el tomar alimento, y hasta se esparció la voz de que habia caido de desfallecimiento. La santa Madre y sus parientes habian venido á buscarle para sacarle de en medio de aquella multitud en que les parecia que su vida corria algun peligro. Y no pudiendo acercársele, le hicieron advertir estaban allí y que deseaban hablarle. Pero respondió Jesús, dirigiendo sus miradas á sus numerosos discípulos: "Mi Madre y mis hermanos son aquellos que escuchan la palabra de Dios, y que la practican," dando á entender con estas palabras, que el titulo mas honorífico á los ojos de Dios y el que es fundamento de todos los demas, es el cumplir su voluntad adorable. Como si dijera: ¿Qué queréis significar con esto? No conozco á mi madre ni á mis hermanos segun la carne. No es este el momento de reconocer á los que me están unidos por la sangre, ni de conversar con ellos. Así anunciaba al pueblo su naturaleza divina y su generacion eterna. Declaraba que solo habia venido á la tierra para hacer saber á los hombres la voluntad de su Padre, y mostrarle el modo de cumplirla; y que pertenecer á él segun la carne no era un mérito; que no hacia el menor caso de esta alianza, y que era menester pertenecer á él segun el espíritu, conformándose con la voluntad de su Padre celestial. Mas esto era el mayor elogio que podia hacer de María, por cuyo medio espesaba cuanto la queria y hasta qué punto le estaba unida espiritualmente, pues sabia que desde la infancia habia cumplido perfectamente la voluntad divina. Así que, María nunca fué reconocida de un modo mas sublime y excelente por la Madre de Jesús, como en esta ocasion en la cual parece confundirla con sus discípulos y con cuantos creyesen en él. Verdad es que esta maternidad espiritual le es comun con todos los verdaderos fieles, y que la maternidad corporal

es su único privilegio. Mas también es una verdad que aun en el órden espiritual es ella Madre de Jesús de un modo peculiar á ella sola, y esto constituye su mérito y su gloria, y lo que Dios alabó y recompensó en ella, y no la calidad de Madre del Verbo encarnado.

La misma doctrina proclamó Jesús en una circunstancia célebre. Acababa de dar con sus milagros la prueba de su divina autoridad, y la habia puesto en evidencia por unos ratiocinios tan llenos de sabiduría, que una muger levantando la voz en medio de la multitud, exclamó: "Bien aventurado el seno que os llevó, y los pechos que os dieron leche." "Mas felices, respondió Jesús, los que escuchan la palabra de Dios y la guardan puntualmente." No porque la Virgen María no mereciese ser llamada feliz en toda la série de los siglos por haber dado á luz al que es el Verbo Eterno, sino porque ella era mas feliz aún por haber conocido, amado y practicado los documentos de este Verbo lleno de luz, de razon, de gracia y de verdad.

Pasado algun tiempo, volvió Jesús á Galilea, y allí pudo ver otra vez á su Madre, y dar á conocer á todos los siglos el verdadero titulo de gloria que debia recomendarla al amor y á la veneracion de todos los cristianos. Allí volvió á disfrutar de la compañía é intimidad de Jesús, allí le veia poderoso en obras y en palabras. ¿Qué dulzura para la existencia de María, si Dios no hubiese siempre reservado para su fondo una gota de dolor!

Refiere una muy antigua tradicion que María vió con sus propios ojos los malos tratamientos dados á su divino Hijo por los habitantes de Nazareth, que querian precipitarle de lo alto de una montaña. Estos eran los mas indóciles y mal dispuestos para recibir la doctrina de Jesús, y estaban ya de antemano escandalizados de lo que habia de decir, antes que hubiese abierto sus labios. Jesús leyó delante de los ancianos y del pueblo este pasaje de Isaías: "El espíritu del Señor ha descansado en mí; por esto me ha consagrado con su unción; él me ha enviado para predicar el Evangelio á los pobres, para curar á los que tienen el corazón destrozado, para anunciar á los cautivos su libertad, y á los ciegos el recobro de la vista, para poner libres á los que sufren entre cadenas, para publicar el año favorable del Señor." Y aplicóse en seguida á sí mismo los oráculos tocantes al Mesías, con una dignidad y elocuencia que asombraban. Levantóse por toda la asamblea un sordo murmullo de encontrados pareceres, pues mientras admiraban unos la gracia y la fuerza de sus discursos, preguntábase otros en tono denigrativo, ¿no es el Hijo de José? Pero Jesús, que penetraba en el fondo de su corazón pervertido, el cual tenia intencion de pedirle milagros, sin fé antes en su palabra como

los Cafarnaitas, exclamó sin embargo: " Vosotros me aplicaréis sin duda aquel proverbio: ; Médico, cúrate á tí mismo! ; Cuántos prodigios habéis obrado en los pueblos vecinos, como sabemos ya por fama! Obradlos, pues, aquí en vuestro país. Pero ya os digo que nadie es profeta en su patria. Y en verdad os digo también que, había muchas viudas en Israel en tiempo de Elias, cuando el cielo estuvo cerrado por espacio de tres años y seis meses, y una hambre horrorosa desoló la tierra; y sin embargo, Elias no fué enviado á casa de ninguna de ellas, sino á la de una muger de Sarepta, en el país de los Sidonios. Había también muchos leprosos en Israel en tiempo del profeta Eliseo, y sin embargo, ninguno de ellos fué curado, y sí solamente Naaman que era de Siria."

A estas últimas palabras encendiése el furor de los judíos de la Sinagoga, porque herían de frente su orgullo nacional y echaban por tierra sus locas esperanzas. Levantáronse en tumulto, dice el Evangelio, echaron á Jesus fuera de la ciudad y le llevaron hácia la cima de la montaña en que estaba edificada, á fin de precipitarle. " La Virgen, pues, dice el historiador de María apoyado en la tradicion, sentada en medio de las mugeres del pueblo, en una tribuna enrejada, había observado con ansiedad mezclada de temor los progresos de la borrasca. Leía los siniestros proyectos de aquellos hombres en sus fieras miradas y furiosos ademanes; y no vaciló en arrostrar el peligro para abrirse paso hasta su Hijo. Pero las fuerzas no correspondieron á su decision generosa. Corrían los judíos, cuyos piés fueron siempre lijeros, tratándose de derramar sangre; y Maria, trémula como la hoja de un árbol, seguialos á lo lejos, sosteniéndose con dificultad y sumerjida en una especie de letargo. Vé á Jesus en la cumbre de la escarpada roca que parece desplomarse sobre un horroroso precipicio, y oye los gritos de muerte; faltanle las rodillas, cubre sus ojos una densa nube; espira su voz en un doloroso gemido, y cae sin sentido en la colina."

Pero la hora del sacrificio para el Hijo del Hombre no había sonado aún, y Jesus se revistió por un momento de su divino poder y majestad, y dejando como azorada aquella muchedumbre frenética, pasó por entre sus enemigos sin que le conociesen. Los milagros de Jesus eran de un Dios, porque los obraba según la oportunidad, y sin aparato ni prevención alguna. Esta vez obró uno para salvar aquella misma vida que presto debía entregar sin resistencia en manos de los hombres. Tomando despues el camino de Cafarnaum, se le reunieron su Madre, Maria Cleofás y los hijos de Alfeo.

Entre el escarpado monte desde donde los judios intentaron precipitar á Jesucristo y la ciudad de Nazareth, dice Orsini, refiriéndose al P.

Geramb, se ven á medio camino las ruinas de un monasterio, antigua mente poblado de religiosos, y de una lindisima iglesia, erijida por la emperatriz Santa Elena y dedicada á la Virgen con el título de Nuestra Señora del Espanto (*del tremore*). Según algunos, María hallábase ya en este lugar cuando los judios arrastraban á Jesus á la cumbre del monte para precipitarle. Dicea otros, que á la noticia del proyecto homicida de aquellos hombres furiosos, que había acudido apresuradamente hácia la altura, pero llegó tarde, y sobrecogida, no pudo pasar mas adelante.

Segun afirma Eutimio, Jesus bautizó á su santa Madre en las orillas del Jordan, así como bautizó también á San Pedro.

La predicacion y los trabajos evangélicos de Jesus duraron tres años. En ellos encubrió su fuerza y su gloria para no deslumbrar nuestros débiles ojos, á nosotros, que no podemos mirar de frente al sol, que es su obra perecedera. Bajo tan humildes apariencias fundó una obra inmortal, puso los cimientos de su Iglesia con la eleccion de sus apóstoles y de sus discípulos, instruyéndolos de todo lo que nos importa saber: pues siendo él la eterna inteligencia y sabiduria, nada ignoraba, y nos lo ha dicho todo. Y de otra parte, ¿qué podía ocultar al amado discípulo que reposó sobre su corazón durante la Cena, y al príncipe de los apóstoles, á quien estableció como gefe y piedra angular de su Iglesia? ¿Y qué podía ocultarnos aún á nosotros? ¿Dándonos su vida, nos hubiera rehusado la verdad? El la depositó, pues, en la memoria y en la conciencia de sus contemporáneos, que nos la han trasmitido ya de viva voz, ya por medio de inspirados escritos. Esta doctrina, que ha cambiado el mundo, enseña á creer en Dios, á amarlo y obedecerle; enseña al hombre á amar á sus hermanos, y á sacrificar todo cuanto le sea posible á la paz y á la concordia: enseña á preferir el alma al cuerpo, la patria á la familia, la humanidad á la patria, Dios al hombre, la eternidad al tiempo, el cielo á la tierra. Esta doctrina fué espuesta en discursos que nada tiene de comparable por su grandeza y sencillez, el encanto de la persuacion, la gracia y la autoridad divina; al paso que es superior al genio, que nos le penetra hasta el fondo, se hace accesible á la menos cultivada inteligencia, pues tiende á elevar el espíritu, á dilatar el corazón, á trasformar la vida divinizándola.

Despues de haber dado á sus discursos la sancion de sus milagros, y de una resplandeciente santidad, Jesus quiso sellar con su sangre todas sus palabras y todos sus actos. Reconocido públicamente por el Cristo y por el Mesías, á pesar de las envidiosas y viles maquinaciones de los que por su sagrado carácter y su autoridad se empeñaban en torcer el buen sentido del pueblo, fué recibido en triunfo en Jerusalem, algunos

días antes de su muerte. Los habitantes de la ciudad de los reyes vieron salir en tropel al encuentro del Hijo de David, que venia á ellos lleno de dulzura, montado como lo acostumbraban en lo antiguo los jóvenes príncipes de su familia, y correspondiendo con tierna afabilidad á las demostraciones de júbilo y de honor que le tributaba aquella multitud ansiosa de ver á su Profeta; pues el corazón de Jesús nunca rehusó los mas humildes obsequios que se le daban, cuando salian tambien del corazón.

Ved ahí cómo veinte años atrás describíamos con todo el fuego de que era capaz nuestro entusiasmo, aquella interesante escena.

¿A dónde va este Dios de la majestad? ¿Será aquel Rey inmortal que, en espresion del Profeta, ha de venir sentado sobre un humilde pollino? Pero las sendas de la ciudad se hallan alfombradas, las graciosas palmas se doblan y se confunden sobre el camino de Sion, y muchedumbre bulliciosa celebra con ramos de olivo la entrada del Dios de la paz. Así regresaba á la ciudad santa el Pastor Rey, ornado de laureles y cargado con los despojos de los filisteos. El pueblo, que reconoce al Hijo de David, por el bien que ha derramado en su tránsito, sale á encontrarle, le cerca, le impide el paso, se le humilla, salta de júbilo y hace resonar por los aires el hosana triunfador con que los ángeles anunciaron sobre Belén su venida al mundo. Los pérfidos de la Sinagoga temen que este pueblo no le proclame. ¿Será que ese Dios humilde vaya á sentarse sobre un trono de grandeza ó á cubrirse con la púrpura de los Césares, como aquel Mesías que esperaban los insensatos judíos? ¿Dejará escapar de su frente un rayo de divinidad para sorprender al mundo y asombrarlo? ¡Ah! el reino de Jesús sobre la tierra no es de oro ni de esplendor. La profunda herida del hombre necesita de otro remedio. La vida ha de rescatarse con la muerte. El Hijo del Eterno Padre ha dejado á Betania, y no tardará mucho á entregarse en manos del hombre pecador. Su corona serán lágrimas y espinas, su cetro el oprobio y el dolor.

Mas el rostro de Jesús no participa de la alegría que le rodea. Lleva oculto en su seno el arcano mas sublime de su amor, y suspira con ansia para ponerle en manos de los hombres. Todo su afán es celebrar la Pascua con sus discípulos. Compadecé la misma desventurada ciudad que le rinde aquel obsequio pasajero, y fija sus ojos en aquella cumbre sagrada que presto será el altar de su sacrificio.

Al recordarnos tan tierna escena, la mística esposa del Cordero, en medio de cánticos de júbilo hace percibir algunos acentos de dolor. Las almas sensibles se trasportan entre los niños hebreos, y confunden con

ellos sus cánticos. ¡Gloria al que es la salud de Israel, al que acatan los tronos y las dominaciones!

¡Cuánto conmueve el oír resonar en nuestros templos las bendiciones al Dios de Jacob! Manos inocentes empuñan las palmas cándidas y los verdes olivos. Entre esta especie de bosques móviles se deja ver la cruz enlutada, los sacerdotes vestidos tambien de luto. La muchedumbre cristiana entra con júbilo en el templo como en la mística ciudad de Jerusalem, entonando el himno del triunfo: “¡Gloria, alabanza á Cristo, Rey Redentor! ¡Rey eterno de Israel, ínclito Hijo de David, que vienes en nombre del Señor! ¡todas las potencias celestiales te engrandecen á una voz, el hombre se te humilla, la creacion te acata! Los hebreos salen á tu encuentro con palmas, y nosotros con el incienso de nuestras súplicas y de nuestros suspiros.”

La Iglesia celebra como adolorida la entrada triunfante de su Esposo, porque está muy cercano á la angustia y á la muerte. Apenas cesan los himnos de gloria, resuenan en el templo los lúgubres lamentos del dolor, y la voz de aquel mismo pueblo desapiadado clama: Crucifícale. Esta mezcla de obsequio y de crueldad; esa inconstancia humana que consumió en Jesucristo los designios de Dios y pinta tan vivamente la degradación de nuestra naturaleza; esa alegría confusa, sofocada luego por la idea de los tormentos y de la cruz, forman un contraste patético y una de aquellas celestiales armonias con que los mas altos misterios de la religion cristiana se insinúan dulcemente en el corazón.

La conmovida ciudad, al ver que se tendian vestidos y ramas de árboles al pasar aquel Nazareno; al oír que gritaban al su alrededor: ¡Salud y gloria al Hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor! preguntaba: “¿Quién es éste?” y le respondian los pueblos con entusiasmo: “Es Jesús, el profeta de Nazareth.” En medio de la turba festiva de niños, discípulos y pueblo que salta da alborozo, van tambien confundidos pechos duros y obcecados, y murmuran palabras siniestras. La envidia corroe sus entrañas, y la maldición, como un vapor infecto, se exhala de sus labios blasfemos. A su mirada sombría y suspicaz, se trasluce el veneno que ocultan: generacion de víboras, que oculta su veneno, Anhelando sofocar el grito fiel del candor y del reconocimiento, “Maestro, le dicen al Hijo del Hombre, haz callar tus discípulos.” Y responde el Criador del mundo, sentado sobre un pollino, estas palabras que solo pueden salir de una boca omnipotente: “Si mis discípulos callasen, las piedras recibirian alma, y saldría la voz de las piedras.” Y callaron ellos confusos, tascando el freno de su furor.

No vemos que la santa Virgen fuese presente á aquel triunfo: aquel

glorioso bullicio cedió bien pronto su lugar a las humillaciones y á los sufrimientos, en medio de los cuales apareció ella con un valor digno de la Madre de un Dios.

El historiador de María, empero, tantas veces citado, dice que María entró en Jerusalem en seguida de Jesucristo, y que vió á sus habitantes salir en alegres grupos al encuentro de su Hijo. "Magdalena, contemplando á la vez á su Señor, y á esa multitud de pueblo que hacia resonar los aires con los gritos de *hosana*, lloraba tiernamente bajo su velo. María tenia tambien los ojos humedecidos; pero sus miradas estaban dirigidas hácia el Nordeste. . . ; Allí estaba el *Calvario!*"

Este nombre es el que revela por sí mismo no solo el grande sacrificio de Jesus, sino el sufrimiento inmenso de María. En él se encierra todo lo mas encumbrado de su heroísmo y de su dolor. Si hasta ahora nos hemos detenido un tanto en recorrer con alguna minuciosidad ó detencion ciertas circunstancias de la vida de la Madre de Dios, por menos conocidas ó no tan meditadas, procuraremos ahora reasumir en cortas líneas ese funesto periodo, tan fecundo en grandes y desgarradoras escenas; época terrible, que se levanta en medio de los tiempos como un centro lúgubre y misterioso en la prolongada línea de la historia de la humanidad, en cuyos extremos se hallan la caída del hombre y su juicio postrer: época tristemente memorable en que, llegando á su colmo la iniquidad y la ceguera del hombre, consumó el sacrificio cruento en la persona del Verbo Dios humanado, sacando del crimen mas horrible y sacrilegamente atroz que han visto los siglos, la expiación de la culpa introducida en el mundo por el primer delito, y la salud del proscrito linaje del hombre, reconciliado ya con Dios por la sangre de la gran Víctima del Calvario.

A la consumacion de este decidido debía preceder una combinacion de circunstancias llevadas por la mano de la Providencia, al modo que se acumulan una gran multitud de materias inflamables para producir la explosión. Este acumulamiento de siniestros elementos que prepararon la gran catástrofe de la cruz, está descrito con una fuerza y precision admirables por el autor de la *Historia de María*, cual no hemos visto en otra parte.

Los príncipes de los sacerdotes, los senadores y fariseos acababan de apoderarse, á peso de oro y mediante una traicion doméstica, de un *gran criminal*, que, segun se aseguraba, comprometía el culto y el Estado. Muy peligroso debía ser el preso, pues aquellos personajes se habian impuesto un ayuno extraordinario á fin de asegurar su persona, y los fariseos, despues de haber hecho por la ciudad algunas limosnas de ostentacion anunciadas á son de trompeta, habian concurrido á dar gracias por tan inte-

resante captura, al que ha dicho de un modo terminante *aborrezco al impío que derrama sangre inocente*. Los príncipes de los sacerdotes, los doctores y los fariseos disfrutaban señaladas distinciones, y ocupaban los primeros puestos despues del procurador romano, que hacia pesar sobre ellos sus liaces, y á quien profesaban un odio decidido aunque disimulado. Eran judíos concienzudos, que maldecian á su padre, absteniéndose religiosamente de mezclar en sus filiales maldiciones el nombre bendito; hombres que por escrúpulo hubiesen dejado morir á su prójimo en un pozo el día del sábado; hombres honrados, que solo robaban á los incircuncisos; hombres puros, que se hubieran guardado de penetrar en el pretorio del gobernador idólatra la víspera de una fiesta, y que le arrancaban una sentencia inícuca con mil precauciones minuciosas para no mancharse al contacto de su toga romana. Preciso era que el *criminal*, cuyo suplicio en alta voz y tumultuariamente reclamaban, fuese enemigo jurado de Dios y de los hombres, porque se habian abatido hasta el estremo de seducir al pueblo que de ordinario miraban con profundo desprecio, y á los soldados de Roma, á quienes veían con horror, para que su encono fuese mas completamente satisfecho. Para librar mas pronto al país del *insigne culpable*, habian violado con arrojo las leyes y usos de Israel, erijiéndose á la vez en acusadores, examinadores y jueces del detenido. Tambien hubieran sido sus verdugos, á no preferir sujetarle á un suplicio infame, recientemente introducido entre ellos y reservado á los mayores delinquentes, para desacreditar totalmente su memoria, privándole á la vez del honor y de la vida.

Merced á sus instigaciones, ningun hijo de los hombres fué tratado jamas con mas ingeniosa crueldad y mas atroz barbarie; el insulto y la violencia no son capaces de inventar mas de lo que se hizo padecer á este condenado, que parecia una víctima preparada para el sacrificio, y solo respondia con el silencio á tan indigno proceder. Clavósele en la cabeza una corona de espinas, causándole otras tantas heridas profundas é insufribles; despues de haberle reducido á la desnudez de los esclavos, echáronle sobre los hombros un andrujo de púrpura, y poniéndole en su mano una caña por cetro, saludaban con ofensivos sarcasmos é insolentes genuflexiones al que trataban como rey de farsa. Todo su cuerpo, ensangrentado por una reciente flagelacion, era una pura llaga; y su benigno y pacientísimo rostro, manchado con inmundas salivas, veíase regado con gotas de negra sangre que brotaba de la herida frente á que no podían alcanzar sus manos fuertemente ligadas. . . . Los príncipes de los sacerdotes, los doctores y los fariseos presenciaban con íntima satis-

faccion esta desconsolante escena; para tales hombres la compasion era pequenez de espíritu.

Y ¿quién era el desgraciado que tan bárbaros tormentos sufría? ¿Acaso era un incendiario sorprendido en el momento de aplicar fuego al *Santo de los Santos*, un bandido arrancado por la noche de su cueva estraviada, un sedicioso que concita á la rebelion á los pueblos del Asia sublevándolos contra César?

¡Ah! No era un bandido ni un sedicioso; mas negros eran, mas patentes é imperdonables sus crímenes: habia querido hacer de los hombres un pueblo de hermanos, llamándolos á todos á una gloria inmortal; habia prescrito grandes virtudes que él mismo practicaba, y colmado de beneficios á la Judea. Este acusado, contra el cual se desencadenaban tantas pasiones malas, era el descendiente de David, de Salomon y de Ezequias, el triunfador de la vispera, Jesus, el gran profeta galileo, que habia pasado á través de la ovacion popular para encaminarse al Gólgota.

Cuando los pontifices y fariseos creyeron haber envilecido á Jesus á los ojos de la multitud, lo bastante para destruir la idea de su Divinidad, apurados por la proximidad del sábado, apoderáronse de su víctima, que el procurador romano les entregó con repugnancia; y cargando el enorme peso de la cruz sobre sus lacerados hombros de que manaba abundante sangre, forzándole por las astas de sus lanzas á apresurar sus dolorosos y tardíos pasos hacia el Calvario, donde habian resuelto crucificarle.

Un concurso numerosísimo de espectadores coronaba las calles y plazas públicas; algunos hacian ostensible su feroz alegría, y en voz alta amatematizaban al Hijo de Dios; otros lamentaban la suerte del jóven profeta, que tanto bien hiciera á los hombres, y era por los hombres abandonado y vendido. Mas no eran perceptibles estas muestras de estéril compasion; los buenos lloraban en silencio, los que habia alimentado con cinco panes en el Desierto, los que le debian la curacion de sus males, los objetos de su amor, confundidos se hallaban entre la muchedumbre sin que se alzase una sola voz para protestar contra su suplicio; el que mas afecto le tenia entre sus apóstoles, habia renegado de él cobardemente; los demas le abandonaran, exceptuando uno solo.

¡Cual fué el dolor de Maria, durante el juicio trágico, la Pasion y los últimos instantes de su Hijo! Cuando éste hubo legado con un testamento de amor inmortal su cuerpo y su sangre á la débil y triste humanidad; cuando fué vendido por medio de la señal misma de la amistad, cargado despues de ultrajes, entregado en seguida á un populacho de feroces instintos, magullado de golpes, horriblemente azotado, ¡qué estremecimiento de pecho debió sentir su dulce y tiernísima Madre! ¡Qué pesar el

no poder dar sino lágrimas por todo consuelo y alivio de tan acerbos tormentos! Pues aunque el Evangelio no haga parecer á Maria en medio de este drama, no obstante, como nos la presenta al pié de la cruz, motivos hay para pensar que fué testigo de aquellas horribles escenas, como así lo confirma la tradicion. Ella penetró al través del pueblo, de los soldados y de los insultantes fariseos hasta el Salvador, mirando aquella humillada humanidad que se arrastraba sangrienta y casi desnuda bajo la pesada carga del leño del sacrificio, y solo pudo arrojarle una mirada, viva como un relámpago de tormentos y de amor, y oscurecida desde luego como el velo de un desmayo; pues agotadas las fuerzas de la naturaleza, Maria cayó desfallecida en brazos de Juan y de Magdalena, que en alas tambien de un amor intrépido volaron á socorrerla. En vano intentaron separarla de aquel teatro de horror y de martirio: el amor de Maria superó á su amor. En las grandes desgracias del objeto amado, el amor, cuando es ardiente, anhela saciarse de amargura, y halla un consuelo cruel en hartarse de dolor. No era el amor de Maria cobardé como el de los hombres, que apartan la vista del hijo ó de la esposa moribunda, porque tiemblan de sufrir. Maria ama con una fuerza divina, y tanto como se humilló y anonadó delante de Dios cuando la colmaba de sus dones, tanto es ahora el esfuerzo sobrehumano con que se levanta y se pone á trepar, bajo un sol abrasador, la pendiente del Calvario. Nada le detiene en su marcha. Nunca ardió mas su corazon de fuego que cuando se dirije á ofrecer á Dios el doble sacrificio de su Hijo y de sí misma. El cielo le concede fuerzas extraordinarias: Juan y Magdalena se ven precisados á seguirla. Ella vió, pues, los preparativos del suplicio, las cruces, los clavos, el aparato formidable de este crimen inmenso. Ella siguió á Juan hasta el Calvario, pudiendo reconocer sus huellas por los rastros de sangre.... Todavía en el tránsito amargo de Jesus se muestran ruinas de una iglesia erijida á Nuestra Señora de los Dolores, en el paraje mismo en que Maria, rechazada primero por la guardia, encontró á su Hijo marchando al suplicio, recibió de él un saludo, y cayó desmayada al sonido de su voz amada.

Parece al fin Jesus sobre la peñascosa esplanada del Calvario, sin un harapo con que cubrir sus carnes despedazadas y sus llagas chorrcan-  
tes. ¡La castidad, la pureza por esencia!..... ¡La bondad, la beneficencia, el amor á los hombres, todo lo grande y lo bello encerrado en aquel cuerpo sin figura, desgarrado y pisoteado como el desecho de la humanidad! La humillacion toca aqui casi con lo infinito, como la grandeza, y Dios solo podia redimir al hombre pasando por este abismo de dolor!

Cuando el anciano Simeon habló del cuchillo de dolor que pasaria de parte á parte el alma de María, estaba contemplando sin duda los momentos crueles en que ella veía á Jesus clavado y muriendo sobre el árbol fatal. Aunque el discípulo fiel y la compañera inseparable se llevaron á María algunos pasos distantes de la cruz, para evitarle el atroz espectáculo de la crucifixion, los golpes que hundian el hierro en los miembros del Hijo resonaban en el corazón de la Madre. En un momento en que callaban las blasfemias y los insultos, atenta la feroz muchedumbre á una nueva barbárie, oyóse el martillazo sordo cayendo sobre la madera y las carnes despedazadas. Este golpe, para cuya crueldad no tiene términos la voz, se repitió por dos ó tres veces. La estremecida Magdalena apretó el pecho contra el de María; Juan, inmóvil como la estatua del dolor, ni aun se atrevía á mirarlás. Los tres experimentaban, dice Orsini, una sensacion como la que se percibe en medio de una tempestad nocturna, cuando los gritos de los naufragos á quienes es imposible socorrer llegan sobre las olas, y se apagan uno tras otro en el fondo de las aguas. ¡Y María!! Helada, convulsiva, acababa de ser crucificada. Y al levantarse el Hijo del Hombre clavado en aquel estandarte de ignominia, vuelto el rostro á las regiones de Occidente, el pueblo mas feroz de la tierra dió un aullido de alegría, como si saliera del infierno insultando sin entrañas, no solo los tormentos del hombre, sino la omnipotencia de Dios. Hasta un bandido crucificado á su izquierda le maldecía agonizando desde su patíbulo. Y Jesus no abría su boca sino para perdonar é implorar misericordia. Y sin embargo, la raza de aquellos deicidas, despues de diez y ocho siglos, arrastra aun su suplicio sobre la tierra.

María fué mas grande aún en su constancia que en sus angustias. Los hombres y los apóstoles habian huido despavoridos, ella quedaba en medio de los verdugos, pronta á morir con su Hijo, y mirando sus llagas con unos ojos en los que la compasion se pintaba mas aún que el dolor, pues no ignoraba que aquellas llagas eran la curacion del mundo. Ninguna madre amó mas; pero tampoco criatura alguna conoció mejor la funcion angusta que llena el dolor sobre la tierra.

María, por entre los abismos insondables de su martirio, vió al mundo y á las generaciones agrupadas y postradas al pié de la cruz, y esta idea que, como una vision gloriosa, se apareció en su pensamiento, la privó de morir para mas padecer.

La cruz, que parecia no debía ser para Jesucristo sino instrumento de penas y un patíbulo de oprobio, se cambió desde luego en trono de misericordia y de clemencia, mientras se aguardaba pasase á ser despues

un signo de honor, y la esperanza y la ley del mundo. Sordo á los ultrajes de los blasfemos, y atento solo á la súplica y al arrepentimiento, Jesus perdona y promete el cielo al ladron convertido. Y despues, con los brazos estendidos como para abrazar la humanidad, fijando sus ojos sobre los que le habian seguido hasta el Calvario, vió á María, y á su lado al discípulo querido. Queriendo dar el ejemplo de todas las virtudes, y recordarnos lo que debemos á los autores de nuestros dias, dirigió su último cuidado hácia su Madre, evitando empero darle un nombre que hubiera abierto sus llagas, ya tan vivas y tan hondas, y le dijo con dignidad y ternura: "Muger, hé aquí á tu Hijo," y al amado discípulo: "Hé aquí tu Madre." Y este fué como el último adios.

Muger y madre no, Jesus la llama. . . . .  
Y sucumbe al asombro el pensamiento;  
Y allá en su seno el corazón se inflama,  
Y late encadenado y violento.  
Y ora suspira y balbuciente clama,  
Y apurando tormento tras tormento,  
"¿No soy su madre?"—Con temor decia. . . . .  
Y el viento—"No eres madre"—repetia.

Y cual cierva veloz que saltadora,  
Fugitiva corriendo y asustada,  
Blanco de la saeta cazadora,  
Cae exánime, herida y desagrada;  
Exánime María, también llora. . . . .  
Cede al golpe mortal de aguda espada  
Que sin Hijo, sin luz, sin sér la deja. . . . .  
Y mirando á la Cruz, así se queja:

"¿De quién naciste en el portal oscuro?  
"¿Quién te arrolló, en las pajas reclinado?  
"¿No hizo el Escelso, de mi vientre puro,  
"Para tí, tabernáculo sagrado?  
"No fué mi pecho el invencible muro  
"Donde en sueño tranquilo, sosegado,  
"Sin turbacion amarga se dormía  
"Mi dulce bien, la complacencia mía?

"Muger, y madre no! Y hace un instante  
"Que al hallarme en la calle de Amargura,



“Cargado entre la turba fluctuante  
 “Del sacrificio con la leña dura,  
 “—¡Madre!” con la sonrisa en el semblante  
 “Dijiste, “¡no lloréis mi desventura!”...—  
 “Y como madre te miré llorando,  
 “Besos hermosos de tu amor buscando.

“¡Muger!—Cuando por tí sufriera tanto  
 “Y sufriendolo estoy; ¡oh desconsuelo!  
 “¿Quién, con el suyo, enjugará mi llanto,  
 “Ni con su anhelo calmará mi anhelo?...  
 “¿Dónde está Dios?—En medio mi quebranto  
 “Huye la tierra, se oscurece el cielo,  
 “Y fénix soy que consumido espira,  
 “Del propio fuego en la humeante pira.

“¡Muger!—Cuando enclavado en un madero  
 “Tengo mi corazón dentro del tuyo....  
 “Cuando oveja, corrí tras el cordero,  
 “Y, aquí la muerte, aunque muger, no huyo....  
 “Y aguardo tu suspiro postrimero,  
 “Y á todo anhelo de vivir me escluyo....  
 “Y tú me dices en tu afán prolijo,  
 “Señalándome á Juan: HE AHÍ TU HIJO.

“Madre seré, como de tí, del hombre  
 “Que á torpe vicio el corazón dedica.  
 “¡Madre del que abomina de tu nombre  
 “Y á su ambición el alma sacrifica!  
 “Madre del mundo, ¡Lucifer se asombre!  
 “Que al Justo de los justos sacrifica,  
 “Que en vez acaso de acogerme, hoya  
 “Y se avergüence de llamarme suya!

“¡Madre de una nación que te blasfema!  
 “¡Madre de todo un pueblo deicida,  
 “Que hunde tus templos, tus altares quema,  
 “Rompe tus aras y tu culto olvida!  
 “De ese Judá, que en insaciable flemma,  
 “Viéndome atribulada y condolidá,

“En tu sufrir desgarrador se engrie....  
 “Mi llanto escucha, y de mi llanto rie!”

Y como si preludio del combate,  
 Metálico clarín sonado hubiera,  
 María escucha, su vigor se abate,  
 Crece el asombro y el terror impera.  
 El pecho de Jesús de nuevo late,  
 Y, árbitro aun de la ocasión postrera,  
 A su Madre tristísima, infelice,  
 Con paternal acento así la dice:

“Sé madre de los hombres, Madre mía;  
 “No tienen mas solaz en su desvelo,  
 “Ni consuelo mayor en su agonía;  
 “No tienen en su llanto otro consuelo,  
 “Ni en sus noches eternas otro guía,  
 “Ni nadie mas que tú colma su anhelo:  
 “Sé madre de los hombres, Virgen pura,  
 “Hoy reina del pesar y la amargura.

“Sé en sus enfermedades medicina,  
 “Y el pan que en la miseria les aliente;  
 “Compañera del alma peregrina,  
 “Y refugio del párvulo inocente;  
 “Madre sé, manantial y cristalina  
 “Agua perpétua de su sed ardiente.....  
 “Y ampáralos, que van por todos lados  
 “Pelluelos sin paloma extraviados.

“Yo nada hé menester. Esa ternura  
 “Que tu esplendor aumenta y tu renombre;  
 “Esa queja cruel de desventura  
 “Que eclipsa los esmaltes de tu nombre;  
 “Ese llanto de amor, esa dulzura,  
 “Guárdala, Madre mía, para el hombre.  
 “Tu candor, tu bondad, tu valimiento....  
 “No le queda otra cosa en testamento.

“Pedid á esa muger cuanto quisieréis,  
 “Y tierra y cielo alcanzaréis por ella.

“ Si fé en vuestras creencias le pidiéreis,  
 “ De fé en el corazon será centella,  
 “ Que radiará por donde quiera fuéreis,  
 “ Porque si el mundo es mar, áncora es ella.  
 “ Muger, si mia no, desde este dia  
 “ Sé madre de los hombres, Madre mia.”

Oyó la Virgen, y humilló la frente  
 Sofocando su angustia lastimera:  
 Suspiró; y en el ansia vehemente  
 De ser refugio del que amarla quiera,  
 Tendió los brazos mansa y dulcemente,  
 Miró en redor con espresion sincera,  
 Y convocó piadosa á los humanos,  
 Cual hijos suyos, de Jesus hermanos.

La noble Madre acció esta palabra de separacion desgarrándosele las entrañas. Desde aquel dia pasó á ser verdaderamente la Madre de los hombres, que estaban representados en San Juan, y puede decirse, que en aquella hora triste y gloriosa á un tiempo, nos dió á luz para la vida celeste, asociándose á la grande obra de la redencion

Todo esto pasaba el viérnes, á la hora sesta, es decir, sobre el medio dia. Entonces se cubrió de luto la grande obra de la creacion, pues empezaba la agonía del Criador, como dijo un sabio del Areópago. Las estrellas aparecieron como antorchas pálidas de aquel funeral inmenso, reflejando su luz lejana y trémula, sobre la cumbre en donde se comecia e deicidio. A la hora nona el divino ajusticiado pronunció estas palabras: “ Todo está consumado,” y para que se cumpliese tambien una palabra de la Eseritura: habia dicho ántes: “ Tengo sed.” Añadiendo por último: “ Padre mio; en tus manos encomiendo mi espíritu.” Y en efecto, todo acababa de cumplirse. La justicia de Dios quedaba satisfecha, la caridad de Jesucristo manifestada á todos los siglos, y el hombre vuelto á levantar de su caída, como un edificio desplomado que se restablece en las proporciones de su antiguo plan.

Jesus quiso dar la prueba al mundo que no moria oprimido por el poder de la muerte, sino por un acto formal de su voluntad. Y así, á pesar de hallarse agotado de sangre y lacerado en todo su cuerpo, exhaló un gran grito, bajó la cabeza, y espiró.

En este momento solemne debia Dios senalar con algunos prodigios la dignidad despreciada de su Hijo, y la naturaleza entera debia, estreme-

ciéndose, prestar un homenaje de espanto y de dolor á la Divinidad humillada hasta la muerte. La tierra sacudió su cavernoso seno, haciendo temblar la Europa y el Asia, segun el testimonio de Plinio y de Estrabon. Rasgóse el velo del antiguo templo, simbolo de todas las antiguas figuras, que como un cortinaje sombrío, encubrian la faz radiante de la realidad: partiéronse las peñas, y los sepulcros restituyeron algunos cuerpos de santos personajes de la antigua ley, que aparecieron en la ciudad santa, como trofeos reanimados de la victoria del Señor sobre la muerte; y aumentaron la consternación general.

Verificóse entonces en favor de Jesus ya difunto, una reaccion portentosa. El centurion y sus soldados, y la turba inmensa que habia osado befar ó insultar al Crucificado, bajó aterrada la montaña, golpeándose el pecho y exclamando: ¡En verdad que este era el Hijo de Dios! Algunas almas lloraron y creyeron; pero á otros el terror y no el amor les arrancó una confesion debida únicamente al gran gemido de la naturaleza; entre cuyas convulsiones y ruinas se veía en pié é inmóvil, una muger, absorta en contemplar al que permanecia crucificado, y abandonado ya hasta de sus verdugos. ¡Y ésta muger, era Maria!

Sondead, esclama un autor contemporáneo, sondead si podeis el abismo de este amor paternal y divino; abrid todas las tumbas, recojed en una sola copa todas las lágrimas que el primer delito del hombre hizo y hará derramar á todas las generaciones juntas hasta la consumacion de los siglos; abarcad todos los tormentos que el furor y la venganza han causado y causarán sobre la tierra; reunid en un solo pecho todas las heridas de la muerte, todo el luto de la viudez y de la horfandad, todo el pesar de los padres, toda la afliccion de las madres; y en este cúmulo de dolor que se escapa á la capacidad de vuestro pensamiento y que, repartido entre los hijos de Adan, bastara para hacerles morir, veréis como en sombra el dolor de Maria, que puesta en medio de las generaciones, esclama desde el pié del Calvario al universo: ¡Oh vosotros los que pasais por este valle de llanto y de amargura! ¡Ved si hay un dolor semejante á mi dolor!

Este dia de llanto no pasa jamás sobre la tierra sin despedir sobre ella un lúgubre resplandor. La cruz recibe homenajes expiatorios; toda alma cristiana se abre á sentimientos de una misteriosa tristeza; la Iglesia, esposa desolada, se inclina llorando sobre un sepulcro, y nada hay, ni aun el mármol de los altares, por su inusitada desnudez, que no parezca convidar al mundo entero á la sombría y tétrica solemnidad de un grande luto. Este luto cubre las columnas del templo y las aras de la nueva ley. Los bronceos sagrados callan, los ministros tambien enlutados no se

atreven á levantar la voz, y murmuran palabras misteriosas. Un sordo ruido sube hasta las bóvedas del oscuro santuario, confuso recuerdo de las convulsiones de la tierra y del espanto del firmamento. Resuenan otra vez los acentos lúgubres del hijo de Heleias, mezclados de esperanza y de dolor. Entretanto, riego con lágrimas las pisadas del Salvador. Sigo callado el rastro de la sangre que me conduce al pié de la cruz. Pero está desierta. Pasemos al sepulcro. ¡Qué celestiales acentos arrebatan allí el alma enternecida! Algunas voces lúgubres y suaves entonan en medio de la noche un himno profético. ¡Oh madero dulce! ¡oh dulces garfios! ¡oh dulcísimo peso! ¡Lengua mía! ¡revela á los siglos atónitos el lauro de la victoria, y anuncia el grande triunfo sobre el trofeo de la Cruz! Paréceme ver vagar en torno de la urna radiante las sombras de los antiguos profetas. Su voz hiera mi oído. No hay duda: cumpliése la esperanza de los siglos. El Dios que reina desde el leño, resplandece en su sepulcro lleno de gloria y majestad. Pero no tenemos todavía el himno de júbilo. En estas lágrimas concedidas al Hijo, hay una parte para la Madre, á la cual el Evangelio nos la presenta triste; pero firme al pié de la Cruz en que acaba de espirar el Salvador. Y en memoria de aquella tristeza inmensa como el mar, se canta aquella elejia sublime que tan dulces acentos inspiró á Palestrina, á Hayden, á Gluch, á Pergoleso y á Rosini.

Firme junto á la Cruz sacrosanta  
 En pié estaba la Madre doliente,  
 Contemplando de aquella pendiente  
 A Jesus su delicia y amor.  
 Y en profundos sollozos, y en tanta  
 Fiera angustia apenada gemia,  
 Que pasado su pecho sentia  
 Por la espada cruel del dolor.

¡Cuál seria el horrible tormento  
 De aquella alma tan cándida y pura!  
 ¡Cómo el cáliz de atroz amargura  
 Del Dios Hijo la Madre agotó!  
 ¡Ver un Hijo y un Dios, el aliento  
 Con fatiga exhalando, y que espira!  
 De esa Madre el penar, que le mira,  
 Decid, madres, ¡qué madre probó?

¿Quién el raudal llorar contendría,  
 Aunque el pecho de tigre encerrara,  
 Si á la Madre de Cristo observara  
 Abismada en tan hondo sufrir?  
 ¡Y á la Madre y al Hijo á porfia  
 Sucumbir de tormento en tormento,  
 Y del Hijo el martirio sangriento  
 En su pecho la Madre sentir?

Vió la Madre á Jesus en tortura  
 Por las culpas de un pueblo, que ingrato  
 A su Dios sacrifica insensato;  
 Vióle objeto de llanto y pesar.  
 Vióle sobre el Calvario, por dura  
 Mano vil, en el leño clavado,  
 El aliento exhalar desolado,  
 Y la foz moribunda inclinar.

Madre dulce, purísima fuente  
 De magnánimo amor, de amor santo,  
 Por piedad, no desdeñes mi llanto,  
 Llegue al alma tu fiero dolor:  
 Sienta al menos mi pecho ferviente  
 En la llama divina abrasarse,  
 Y del fango brutal despegarse  
 Para ser agradable al Señor.

Las heridas del Hijo cruentas  
 En mi fiel corazón ¡ay! imprime,  
 Que las penas sin fin en que gime  
 Todas juntas se deben á mí:  
 Yo merezco las crudas afrentas,  
 Fieros golpes, agudos garfios;  
 Si los yerros, ¡oh Madre! son míos,  
 ¿No podré yo llorar junto á tí?

A tu lado podré dolorido  
 Y pegada á la tierra mi frente,  
 Ya que no condólerme inocente,  
 Adorar al que espira en la Cruz.

Y expiar en contrito gemido  
Cabe ti mis injustas ofensas,  
Y planir en tus penas inmensas  
La agonía cruel de Jesús.

Y ora tú, que de vírgenes santas  
En los cielos el coro presides,  
No en tu gloria este mísero olvides  
Que desea contigo gemir.  
Haz que siempre, postrado á las plantas  
Del pendiente Jesús, yo suspire,  
Y que siempre presente le mire,  
En su leño sangriento sufrir.

De sus llagas mi pecho llagado,  
Por su cruz sacrosanta oprimido,  
De su sangre divina teñido,  
Haz que parta con él el penar;  
Para que por tu ruego, aplacado  
Pueda hallarle en el último día.  
Cuando el mundo estará en agonía;  
¡Pueda entonces en él esperar!

¡Oh Jesús! al salir del destierro,  
No abandones una alma que llora,  
Para quien piadosa te implora  
Tu fiel Madre la palma inmortal.  
Cuando salga por fin de su encierro  
Mi alma pobre, y remonte su vuelo,  
No le niegues su entrada en el cielo,  
Y el gozar de tu gloria eternal.

Llevando clavada en su alma la flecha mortal por espacio de treinta y tres años, María puede llamarse la mártir de todos los instantes, y al fin fué, después de Jesucristo, la gran Mártir de la cruz. Ella representaba en sí sola toda la humanidad redimida; pero su fé sobrehumana la hacia padecer como toda la humanidad junta, que vé morir á su Criador y Salvador. Los vínculos de carne y sangre, tan puros en el tierno y delicado corazón de la Madre Virgen, aquel amor penetrante y depurado de una maternidad singular y privilegiada, producian un sentimiento heroico y

sobrenatural, hiriendo atrozmente la fibra sutil de un pecho casi divino. María hacia á Dios el pleno y entero sacrificio de su Hijo, uniéndose á la justicia del Padre celeste, que inmolaba esta gran víctima á su gloria; ofreciendo con toda la gran fuerza de su corazón y haciéndose superior á su propia ternura, la muerte de Jesús por cada uno de nosotros, y á esta ofrenda juntaba la de su inmenso dolor.

La muerte hubiera sido para María un consuelo, un paraíso: pero era fuerza dejar al Hijo de Dios en las orillas del sepulcro, fuerza era verle atravesar, sin volar con él, los umbrales de la eternidad y seguir sobre el Gólgota el amargo sacrificio. Fuerza era recibir en el corazón la lanza cruel que desgarró el costado exánime del Hijo, desclavarle del leño, recibirle en los brazos, dejarle en la tumba, y al oír caer la losa con estrépito, quedar abismada en la soledad mas lóbrega que se haya conocido sobre la tierra.

Mientras que el Hijo, en medio de los himnos de júbilo de los coros de los patriarcas y de las líras de los profetas, subía radiante de gloria, acompañado de los ilustres cautivos que acababan de romper sus cadenas, María, sola, desolada, fiebre como un mundo sin sol y sin firmamento, tragaba á largos sorbos la copa de un amor supremo, inexplicable, voraz, que atormentaba su inocente y maternal espíritu con toda la fuerza de un centuplicado martirio, del cual no es mas que sombra el dolor de todos los mártires juntos; porque sufría con una fuerza que participaba en cierto modo de la fuerza de la Divinidad.

Pero enjuaguemos por un momento nuestras lágrimas, y trasportémosnos de repente á la plenitud de los tiempos y al seno de la caridad, para no ver en los dolores de María sino la gloria de María. Así, pues, como el Hijo Dios humanado, de lo mas profundo de la humillación y del sufrimiento, fué elevado al mas alto punto de la gloria y del poder, á cuyo solo nombre doblan la rodilla los cielos, la tierra y los abismos; así tambien, por la parte inmediata que tuvo María en la redención del linaje humano, del mas hondo seno de su humildad y de su dolor, fué exaltada al trono de la gloria mas encumbrado que puede tener la criatura en los tabernáculos de la eternidad, y sus acerbos y desgarrantes dolores aparecen como otros tantos rayos de gloria en la faz radiante de la Virgen escogida, Hija, Madre y Esposa de Dios, reflejo de la Trinidad beatísima, y embeleso supremo del Criador entre todos los seres criados. Vestida de astros mas bellos que los que forman los cortinajes del cielo, coronada de la majestad de Dios, son el cetro sobre todas las inteligencias creadas que el Arbitro Soberano ha puesto en sus manos, triunfa en la gloria de sus dolores, como Jesús triunfa en las señales de sus llagas: y cuand)

ruega á su Hijo Divino por el hombre estraviado ó arrepentido, no solo le muestra el seno que le llevó y los pechos purísimos que le alimentaron, sino que le señala tambien su corazón, aquel corazón atravesado por siete agudos cuchillos de aflicción y de tormento. Y el ascendiente que tiene con Dios los ruegos en favor del hombre, de esta Reina entre los santos, así como lo fué entre los mártires, no es por cierto la menor de las glorias de sus dolores.

El pavor y los temores de los verdugos de Jesucristo habían cesado ya, y la calma sombría del impío había renacido en su pecho rencoroso. Bajo un cielo sereno, se les había debilitado la impresión de los horrores; recientes y tenaces en su obcecación como un vértigo continuo, preferían atribuir los portentos pasados al poder de la magia y de las nieblas, que á la fuerza del que crió la luz, algo semejantes en esto á algunos de nuestros filósofos, que prefieren atribuir al acaso ó á una ciega fatalidad las maravillas creadas, que al poder de una inteligencia suprema y de una bondad infinita.

La desolada Madre se había unido á las santas mugeres para dar al cuerpo sagrado de Cristo los honores del sepulcro. María había visto desclavarle de la cruz, arrancar los clavos de sus manos y de sus piés, y de su cabeza la corona de espinas que estaba en ella hundida: viólo lavar y enjugar su cuerpo cubierto de llagas, y su rostro desfigurado por la sangre, por las heridas y por la palidez de la muerte. ¡Oh! ¡Qué besos de amor y de dolor imprimió sobre aquella frente adorable, sobre aquel costado abierto, sobre aquellos piés y aquellas manos taladradas! Ella ayudó, según parece, á embalsamarlo, á envolverlo en una sábana, y en un sudario: ella le acompañó hasta el sepulcro en que fué depositado: ella se encerró allí con él en espíritu, y no se retiró sino como arrancada por Juan y los demás que se afanaban en consolarla.

Las almas piadosas han seguido espiritualmente á María en su amarga soledad, y han formado para ella otro camino de dolor, desde el sepulcro hasta la casa del amado discípulo, á donde parece se dirigió, según opina el P. La Palma en su *Historia de la Pasión*. Cuando el dolor tiene en qué cebarse, se derrama, por decirlo así, sobre el objeto querido, aunque sea exánime ó desfigurado; pero cuando éste le falta, se reconcentra todo dentro del alma y gravita sobre ella con todo su peso. El corazón queda como un lóbrego desierto, como el pensamiento, y para él se cubre de luto toda la naturaleza. María, arrancada por el amor del sepulcro de su Hijo, queda en una desolación completa. La noche se acerca, y para volver á Jerusalem, preciso es pasar por el Calvario. Párase sobre esta montaña, junto con la silenciosa comitiva, y reviven á cada paso todas

las llagas acerbadas del corazón. La cruz aun está levantada y teñida con la fresca sangre de su Hijo: ¡cuántos cuchillos ahondarían en aquel tierno pecho sus mortales puntas! ¡Cuántos martirios juntos abismarían su alma en un penar inconcebible! Entra después en la ciudad deicida. ¡Qué nuevo género de tormento! ¡Allí fué condenado á muerte infame el mas justo, el mas inocente, el mas amante de los hombres! Allí una ingratitude tan negra como la perfidia, se cebó en la humillación, en la calumnia, en el escarnio, en la crueldad mas fiera y brutal contra el mas manso, el mas sufrido, el mas tierno de los nacidos de muger! Allí el hombre llegó al colmo de su iniquidad, pisoteando la santa humanidad de Dios, y descargando la mano sacrilega sobre su adorable persona. Cada calle de Jerusalem es un nuevo suplicio para la Madre de Jesus; cada edificio público le recuerda una atroz iniquidad; cada una de aquellas frentes altaneras y pérfidas, que la miran con bafa ó con desdén, le hace exhalar un profundo suspiro. Retírase por fin en la casa de Juan; pero Juan no es Jesus. Y aunque María tenia una fé firmísima en la resurrección de su divino Hijo, en nada minoró la esperanza de verle resucitado el tormentoso sacrificio de su maternal corazón.

Despuntaba el día tercero desde la muerte del Salvador, y algunas mugeres Galileas, cargadas de preciosos perfumes, caminaban hácia el sepulcro de Jesus para embalsamarle á la manera de los reyes de Judá; y según la tradición, María se hallaba entre estas mugeres; y en medio los celajes del dolor, percibiase en su semblante un rayo de esperanza. Entretanto la ciudad deicida yacía sumida entre las sombras que huían, como un asesino que duerme aletargado en lo hondo de una caverna. Pero la naturaleza parecía adornarse con todas sus galas, y la luz que suavemente se difundía en torrentes de púrpura, prenunciaba un día sereno y esplendente.

Azorados los satélites del Sanedrín por la seguridad con que Jesus había prometido resucitar el día tercero, hicieron velar el sepulcro por una guardia numerosa, y asegurarlo con el sello de la autoridad pública. Pero el temblor que se deja sentir repentinamente, hace rodar la piedra enorme del sepulcro, los guardias caen semi-muertos, pegando sus rostros contra el suelo: y aquellas mugeres tan constantes que no abandonaron á Jesucristo en la cruz, pálidas ahora y azoradas, retroceden; temiendo que no se renueven los espantosos prodigios que anunciaron la muerte del Hombre Dios. Pero un espíritu celeste, cuyos vestidos resplandecían de blancura y cuya faz irradiaba como los albores fúlgidos de un astro, las sosiega diciéndoles: "No temais, Jesus, á quien han crucificado, no está aquí; ha resucitado como lo había predicho; venid y ved el lugar

en que fué colocado el Señor." Y atónitas las piadosas galileas contemplaban á los bordes del sepulcro las fajas perfumadas y el sudario. María, algo distante, María, que ni un momento abandonó la esperanza en la resurreccion de su Hijo, gozaba ya de su vista, y es indudable que sería la primera en verle resucitado en aquellos mismos momentos en que sus compañeras examinaban el vacío sepulcro. Y así como esperiméntó un dolor, sobrehumano que llegó á abatir, aunque sin vencerla, la fortaleza de su espíritu, probaria entonces un grado tan intenso de júbilo, que nosotros no pudiéramos soportar sin morir. El Evangelio, que refiere tantas apariciones de Jesús resucitado á los apóstoles, no dice que se apareciese á su santa Madre. Pero la razon es obvia. Los apóstoles habian de certificar la resurreccion de Jesucristo: el objeto de su ministerio era el publicarla por toda la tierra, y los evangelistas debian referir las principales pruebas que de ello les habian conveenido. Pero María no estaba destinada para predicar á los pueblos á Jesús crucificado, y por lo mismo no era necesario que los evangelistas hiciesen mencion de las visitas que de su Hijo habia recibido, y que su humildad tendria muy bien ocultas, cuanto mas multiplicadas, pues ninguna razon la impulsaba á publicarlas.

Este día grande del Señor se anuncia entre nosotros como el glorioso triunfo de Jesús sobre todas las potestades de la muerte y del infierno, y como la prueba mas patente de la verdad de nuestra fé. Despues del lúgubre planido del sepulcro, y del luctuoso silencio del dolor, aparece súbitamente el grito universal de alegría.

¿Por qué el cañon que anuncia la muerte de los reyes ha tronado como una señal de triunfo? ¿A quién proclaman de repente los sonoros bronces en la region de los aires? ¿Un momento bastó para trasformar el silencio y los suspiros del dolor en cánticos de júbilo é himnos de victoria en todo el orbe cristiano? ¿Qué voz gloriosa sale súbitamente del sepulcro? ¿Quién ha roto las cadenas de la hija del delito? Aquel que la amenazó ya por su Profeta: ¡Oh muerto! yo seré tu muerte. ¡Oh infierno! yo te destruiré. Al herirle quedó vencida para siempre y le entregó las llaves de sus abismos.

Un torrente de luz sale de la losa sombría en donde hasta ahora el polvo del hombre se confundía entre la nada y el olvido. Dios mismo ennobleció con su presencia el oscuro palacio de la muerte. Esta no será mas que un sueño pasajero para el hombre rescatado, y la cuna de una vida inmortal. Salido ha del sepulcro una rafaga celestial que abre la senda de la vida á todas las generaciones futuras. El Omnipotente, tan grande como en la creacion, cubierto con el resplandor de su divini-

dad, conserva todavia las señales angustas con que nos redimió, resucita con todas las almas de los justos, y deja á todos los hijos de Adán la inocencia y la felicidad. ¿Qué inagotables esperanzas acaba de derramar Dios sobre la tierra? La vida que pasa como una flor, será un corto desierto suavizado por el amor y por la esperanza. El hombre, antes apartado de Dios, comprará con algunos instantes de afán las dulzuras de la gracia y la seguridad de un triunfo eterno. El sufrimiento y el dolor le santificarán ante el Ser Supremo, y no dejará el barro sino para volar á incorporarse con su centro, que es Dios, en una venturosa inmortalidad.

En efecto: ese gran misterio es la base de nuestra creencia, el fundamento de la religion, el garante de las promesas del Salvador y de nuestro triunfo en Jesucristo. La fé sublime y la sencilla razon le acatan á un tiempo. Brilla como la antorcha del día á los ojos de los grandes y de los pequeños; y prescindiendo aun de la revelacion, está apoyado en hechos indestructibles, como si el Señor lo hubiera querido ostentar al mundo para consuelo de sus hijos y testimonio eterno de su victoria.

Jesucristo resucitó. Los primeros que anunciaron esta gran verdad al mundo redimido, no pudieron ser engañados ni engañarnos. Nada crédulos unos, abatidos otros por la muerte afrentosa de su Maestro, llegaron casi á la desconfianza. Si la muerte se hubiese dormido sobre la losa del crucificado, ¿quién hubiera defendido la causa de un Dios impotente é infiel en sus promesas?

Los discípulos no ceden sino á la evidencia, y un apóstol mismo quiere tocar para creer. El mismo día de la resurreccion aparece Jesucristo á los suyos, rodeado con la luz de su gloria, y les dá la mision augusta de anunciar á la tierra la verdad, la penitencia y la misericordia. ¡Qué idea! En un extremo del imperio romano, sobre un mundo inundado de crímenes y de idolatria, ¿quién despues del oprobio de un suplicio hubiera alentado á sus secuaces despavoridos? ¿Quién les hubiera comunicado la fuerza celestial para mudar la faz del universo y enarbolar la humilde y dolorosa cruz sobre los templos del error, de la molice y del orgullo? ¿Cómo empezar, seguir y consumir esa regeneracion humana? ¡Razon miserable! Adora á tu Hacedor resucitado. Si quieres negar el sol, sepúltate en la noche de un sepulcro, y no ofendas con tu presencia la naturaleza llena de su luz.

Los guerreros asombrados abandonan el monumento sellado que custodiaban. Los apóstoles intrépidos proclaman por los ámbitos del mundo al Dios resucitado, y su sangre es el garante de su anuncio. El sublime Pablo es deslumbrado por la luz de esa gran verdad, y su voz se oye por toda la tierra. La fé del Dios humanado se esparce rápidamente, llena